
4 El camino hacia el Padre

“Un corazón contrito y humillado, Señor, Tú no lo desprecias” (Sal 50,19)

Objetivo

Asumir la continua conversión del corazón como un paso imprescindible en nuestra peregrinación de la fe.

Introducción

Todos tenemos experiencia de la fragilidad de nuestra naturaleza. No hace falta que nadie nos abra los ojos para reconocer que en nuestra vida hemos cometido errores. Con un poco de sinceridad que tengamos con nosotros mismos, descubrimos que junto a muchas cosas buenas, pequeñas heroicidades de cumplimiento fiel del deber y de la caridad, hay otras que empañan un poco nuestro buen hacer. Seguramente no son cosas graves, sin duda no han cambiado el rumbo de la historia, en muchos casos ni siquiera se han dado cuenta las personas con las que tratamos asiduamente.

Nuestra reacción ante estos fallos puede ser de tres tipos. Algunos se enfadan consigo mismos, y, además de la culpa que pudieran tener, se martirizan por un sentimiento de rabia por no haber hecho las cosas como debían, por haber fallado ante sí mismos y, a lo mejor,

PADRE NUESTRO

incluso ante otras personas. Otros hacen lo que suele decirse del avestruz: esconden la cabeza bajo tierra y simplemente ignoran los fallos, excusados a veces en que son humanos y todo el mundo tiene derecho a equivocarse. Un tercer tipo de personas, aunque en un principio puedan sentir la tentación de los anteriormente descritos, terminan afrontando la dura realidad de su flaqueza, y se comprometen de nuevo en la lucha por evitar próximas ocasiones, pidiendo perdón, si fuera el caso, a los que pudieran sentirse heridos.

En realidad, los primeros se están dejando llevar por la soberbia y el orgullo. No aceptan sus fallos que consideran impropios de sus personas. En el fondo no han descubierto que la naturaleza del hombre está dañada por el pecado, y que desde el pecado de nuestros primeros padres, la inteligencia y la voluntad humanas no son perfectas. Yerran. Y esta es una verdad que deben asumir. Por otra parte, los que siguen el ejemplo de los avestruces, pueden dejarse llevar con facilidad por el egoísmo, simplemente pensando en sí mismos y en la tranquilidad de su conciencia. Hay una cierta indiferencia sobre el daño que puedan hacer a los demás. En realidad son personas que viven sin esperanza, sin alegría porque todo les da igual. Las personas del tercer tipo son las que tienen ambiciones nobles, deseo de superación, pero, a la vez, saben que sus solas fuerzas no son suficientes para superar sus errores. Las contradicciones y dificultades van a venir a pesar de preverlas y no siempre van a ser capaces de llevarlas bien.

Este es el caso del cristiano en su peregrinación en la fe. Estamos llenos de buenos propósitos, de grandes deseos de fidelidad, entrega, servicio, superación personal, crecimiento en la vida interior. Pero el pecado

aparece cuando menos lo esperamos y hace tambalear todas esas buenas actitudes. No podemos consentir que nuestra reacción sea la descrita en los dos primeros casos. Ni el enfado por no haber conseguido una meta, ni procurar esconder los errores como si éstos no existieran o fueran insuperables, son actitudes apropiadas para nosotros.

El reconocimiento personal del pecado nos mueve al arrepentimiento, a la contrición. Queremos ser fieles a los compromisos hechos, pero nos sabemos de condición frágil. No podemos vencer las tentaciones por nuestras solas fuerzas. El pecado acompaña la vida del hombre. Y, lo que es peor, nos acompañará hasta el mismo momento de la muerte. Si en ocasiones superamos las dificultades es por pura gracia de Dios, por su fortaleza y ayuda, ¿qué habríamos hecho sin su colaboración? El cristiano tiene que ser suficientemente realista para no tener miedo a esta verdad. Lo asume como parte de la naturaleza. Pero acto seguido le pide al Señor "un corazón contrito y humillado". Del conocimiento de la propia fragilidad por un lado, y del infinito amor paternal de Dios por otro, nace el deseo de volver al Padre, de amarle cada vez más y de que ese amor nos fortalezca ante las tentaciones que sin duda aparecerán.

En esto consiste la conversión: volver la mirada a nuestro Padre Dios, después de haber reconocido el pecado, confiando en su misericordia. El pecado nos hace apartar los ojos del Señor. Se interpone entre Dios y nosotros hasta conseguir sacarle a Él de nuestro campo de visión. La conversión es esa actitud interior que, bajo el aliento del Espíritu, nos lleva a desear recuperar la visión del Señor, recuperar estar de nuevo

PADRE NUESTRO

junto a Él dejándonos mirar por Él, disfrutar de nuevo esa mirada de amor y de misericordia que es el estado de gracia. Pero la conversión no es algo que se consiga de una vez para siempre. Es fruto del amor y el amor no se mide por los hechos heroicos que pueden darse en ocasiones, sino por la heroicidad de vivir la fidelidad al amor en las cosas pequeñas de cada día, en los detalles que muestran ese deseo de entrega generosa en cada momento de la jornada. Debemos mantener un espíritu de conversión continua deseando que cada momento de nuestra vida sea expresión de nuestra opción por Cristo, y que cuando no lo haya sido seamos capaces de rectificar y cambiar de actitud.

Partiendo de la vida (ver)

1. Presentar hechos de vida en los que mi reacción ante el pecado haya sido desproporcionada y no haya mostrado nuestra esperanza cristiana. Puedo contar también algún hecho de vida que muestre que mi actitud en lucha contra el pecado es algo así como un activismo, cimentado únicamente en mis propias fuerzas, sin tener en cuenta la acción de Dios en mí.

2. Por otra parte, puedo traer al grupo hechos de vida en los que ante un error propio, me he justificado o incluso he hecho culpable a otro de mi falta; o por el contrario, hechos de vida que muestren mi humildad al reconocer como propio mi pecado.

3. Narrar hechos de vida en los que he sentido la presencia del Espíritu Santo que me ha llevado a tener

una actitud de conversión continua. ¿Cómo es mi actitud ante la conversión? ¿Es algo que sólo me planteo puntualmente, en vísperas de una confesión? O, ¿trato de vivir cada día con esta intención de volverme cada vez más hacia el Señor?

4. Puedo buscar hechos de vida en los que se vea cómo me afectan las cosas pequeñas en mi relación con Dios y cómo he intentado rectificar algún pequeño acto de desamor.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- El Nuevo Testamento es una continua llamada a la conversión, especialmente en los comienzos de la vida pública de Jesús (Mt 4,17; Mc 1,14; Lc 13,1-5). San Pablo nos insta a reconciliarnos con Dios (2Cor 5,19-21). La actitud humilde del siervo mueve a compasión al rey de la parábola (Mt 18,23-27).
- Con las parábolas, el Señor nos expresa la existencia del mal junto al bien (Mt 13,24-30; Mt 13,47-50).
- En la parábola del hijo pródigo, Jesús hace una pormenorizada descripción del proceso de conversión (Lc 15,1-32).
- El arrepentimiento de Pedro tras las negaciones (Mt 26,69-75); el sentimiento de contrición expresado por el salmista en el *Miserere* (Sal 50); Jesús nos muestra la verdadera forma de hacer penitencia (Mt 6,1-7).

PADRE NUESTRO

B) Magisterio de la Iglesia

- El Espíritu Santo es el que nos anima a la conversión (DetV 42-45). Todos los hombres estamos llamados a la conversión personal y al seguimiento del Señor (AG 13). El Catecismo describe lo que significa la conversión en la vida del cristiano (CEC 1427-1433).

- La primera encíclica de san Juan Pablo II (DM) dedica los números 5 y 6 a la parábola del hijo pródigo, convendría que los leyéramos con detenimiento.

- Lo contrario de la conversión: ponerse a uno mismo en el centro, aislándose y alejándose del Señor (LF 19); volver una y otra vez a Dios que no se cansa de perdonarnos (EG 3). La conversión y la reconciliación como camino a la Eucaristía (SaC 20).

- No reconocer la culpa no justifica ni salva (SpS 33); la oración purifica para poder llegar a Dios (SpS 39).

Compromiso apostólico (actuar)

El compromiso en este tema debe ir encaminado a profundizar en nuestra forma de vivir la conversión. Un buen compromiso podría ser dedicar el rato de oración de algún día a meditar con el salmo 50, en el que el autor sagrado nos enseña el camino de la conversión. Podemos hacer esto mismo con el texto de la Pasión del Señor como fondo, que nos llevará a una profunda contrición.

Otra opción podría ser renovar el modo en el que nos dirigimos a la confesión: haciendo verdaderamente un buen examen de conciencia, arrepintiéndonos con

EL CAMINO HACIA EL PADRE

sincero dolor de corazón, proponiéndonos estar siempre en actitud de conversión...Y también, dedicando un rato a dar gracias a Dios por el perdón recibido.

Otro compromiso puede ser buscar un director espiritual, si todavía no lo tengo o, en caso de que lo tenga, preparar bien los ratos de charla con él.

Como compromiso de grupo, proponemos organizar en la parroquia una celebración comunitaria de la penitencia y tener tras ella un encuentro festivo para hacer patente que el perdón de Dios es una fiesta.